

CAPÍTULO II

La corte de España. — Felipe V abdica en favor de su hijo. — Muere Inocencio XIII. — Enfermedad del rey. — Adopta el duque la resolución de casarle. — Vuelta de la infanta. — Se busca una mujer al rey. — Mad. de Prie. — Su influencia. — Los hermanos Paris. — La señorita de Vermandois. — María Leczinska. — El conde de Estrées. — Casamiento del rey. — Amenazas de escasez. — Intriguilla de Mr. de Borbón y de Mad. de Prie contra Mr. de Frejus. — Caída de Mr. de Borbón y de Mad. de Prie. — Mad. de Prie desterrada. — Cae enferma. — Muere. — El marqués de Prie.

Mientras que todo el mundo á cual más podía se divertía en la corte de Francia, se fastidiaba sobradamente en la de España.

Felipe V, este rey á quien no le hacia falta más que un reclinatorio y una mujer, según decia Mr. de Albeironi, habia acabado por cansarse de los dos objetos que acabamos de citar, que le unían al mundo; sombrío, taciturno, haciendo por toda diversión algunas visitas á las tumbas del Escorial; deseaba, el que habia costado á la Francia veinticinco años de guerra para mantenerle en el trono, la calma, el reposo y las oraciones del claustro: en fin, el 15 de enero de 1724, cediendo al atractivo de la vida religiosa que le atormentaba hacia ya mucho tiempo, abdicó su corona en don Luis, príncipe de Asturias, y se retiró á

su palacio de San Ildefonso, sombrío monumento que nada tenia que envidiar al claustro más severo.

Mientras que Felipe V se retiraba momentáneamente del mundo, el papa Inocencio XIII salió de él para siempre, después de tres años de pontificado; era un excelente hombre que se hallaba constantemente atormentado por la simonía de que se habia hecho reo en el momento de su exaltación á la cátedra de San Pedro; es verdad que para expiar el capelo que habia dado á Dubois, lo habia negado constantemente á su digno discípulo Tencin, pero esta reparación á la vista de la moral religiosa no habia podido restituir la calma á su conciencia, y estaba muy atormentado por la idea de que abriendo él las puertas del cielo á los otros, podria quedarse tristemente á la entrada del paraíso.

El 28 de mayo, Vicente María Orsini fué elegido papa, poniéndose el nombre de Benedicto XIII.

Diez días antes, la famosa Catalina, la huérfana que un pastor luterano habia criado por caridad, la prisionera que Tcheremetof habia hecho en la toma de Mariemburgo, esta mujer de un soldado sueco que desapareció sin que jamás se haya vuelto á saber de él; esta esclava del favorito Menzikoff, esta querida de Pedro I, que vimos visitar á Paris en los últimos tiempos de la regencia, habia sido coronada emperatriz de todas las Rusias.

Tales eran los principales acontecimientos de la Europa, cuando el rey Luis XV que gozaba de una débil salud, cayó otra vez enfermo.

El mal se presentó como la primera vez con sintomas peligrosos, hizo rápidos progresos, pero cedió á dos sangrias. Durante tres días se temió por su vida.

Pero el hombre que habia experimentado las más

vivas angustias durante esta enfermedad, era el duque, no porque tuviese que temer como el regente de que le acusasen de envenenamiento, y por consiguiente ver perecer su honor al mismo tiempo que el rey; pero con el rey concluía su poder, y el duque estimaba en mucho ser primer ministro.

Así es que una noche, creyendo el duque (que dormía debajo del cuarto del rey) oír más ruido y movimiento que de costumbre, se levantó precipitadamente en bata y subió al aposento del rey.

A semejante aparición, fué grande la sorpresa de Marechal, primer cirujano que dormía en la antecámara, quien levantándose salió á recibir al príncipe, preguntándole cuál fuese el motivo de su susto; pero no obtuvo por respuesta más que palabras entrecortadas y semejantes á las que profiriese un loco: *¡ He oído ruido, el rey está enfermo ! ; Qué será de mí !* exclamaba el duque fuera de sí. En fin, Marechal logró tranquilizarle; pero era tan profunda la impresión, que Marechal que acompañaba al duque despidiéndole, oyó que se decía á sí mismo: *no me volverán á pillar, y si se restablece yo lo casaré.*

En efecto, es necesario tener presente que la futura esposa de Luis XV tenía ocho años, lo que difería el matrimonio del rey seis años á lo menos. En siete ú ocho años solamente podría el rey tener un hijo. Así, pues, en caso de muerte del rey, era necesario un del-fin para que la corona no pasase al duque de Orleans, y que el duque permaneciese en el poder.

Desde entonces, el regreso de la infanta fué negocio concluido en el ánimo del duque, y el 5 de abril de 1725 se llevó á cabo esta gran resolución.

La infanta encontró á Felipe V en el trono que momentáneamente había dejado, pero que la muerte del

rey su hijo, á los ocho meses de reinado, le obligó á ocupar nuevamente. Luego, como el matrimonio de la infanta con el rey Luis XV había sido uno de los sueños cuya realización había alimentado con la mayor alegría, Felipe V recibió como un grande insulto este retorno, y á su vez volvió á Francia la reina viuda de Luis I, y á Mdlle. de Beaujolais, su hermana, destinada al infante don Carlos.

Pero no consistía todo en haber dejado libre al rey con la devolución de la infanta, era necesario reemplazarla con alguna joven. El duque echó una mirada sobre la Francia y sobre la Europa, para buscar una princesa que cuanto antes pudiese ser mujer del rey.

Sus miras se dirigieron primeramente á Mdlle. de Vermandois, su hermana. Por este medio llegaba á ser cuñado del rey, y en caso de regencia hallaba su ambición un nuevo apoyo en la viuda del rey.

El duque consultó á Mad. de Prie, sin cuyo parecer nada importante hacia, y esta dama se decidió por Mdlle. de Vermandois.

Acabamos de decir cuál era la influencia de Mad. de Prie; digamos ahora de qué modo la había adquirido.

Al principio del siglo cuya historia escribimos, había una hostería al pie de los Alpes, la cuál habitaba un hostelero llamado Paris, y cuatro mozos robustos y bienhechores que le ayudaban á servir á los pasajeros.

En el año de 1710, buscando un proveedor algún camino practicable en la montaña para conducir inmediatamente víveres al ejército del duque de Vandome en Italia, que escaseaba mucho de ellos, se detuvo en la tal hostería de Paris, á quien comunicó el aprieto en que se hallaba. Éste se ofreció á sacarle de apuros

con la ayuda de sus cuatro hijos, que conocían todos los pasos de los Alpes.

Gracias á ellos, cumplió la palabra que había dado. Los cuatro montañeses llegaron sin dificultad al ejército de Italia, con el convoy que habían dirigido, y fueron presentados al duque de Vandome, que los colocó á todos cuatro en el ramo de provisiones. Desde este momento caminaron hacia la fortuna que su inteligencia les había mostrado siempre en perspectiva.

Quiso la suerte que además de esta protección del duque de Vandome, adquiriesen aun la de la señora duquesa de Borgoña. Habiéndose quedado enferma en la hostería una doncella de la servidumbre de la duquesa, fué asistida con el mayor esmero; y habiéndose restablecido fué á París á reunirse con su señora, á quien contó el buen trato que había recibido. Desde entonces la duquesa de Borgoña se constituyó protectora de los hermanos Paris.

En 1722 su fortuna era ya considerable, pues que el mayor de ellos era uno de los guardias del tesoro real...

Había algún tiempo además que Mad. de Prie, previendo la llegada del duque al manejo de los negocios, había puesto los ojos en los hermanos Paris, en quienes había deseubierto agilidad, ambición y deseos de adelantar sin reparar en los medios.

Así es que desde que el duque obtuvo la sucesión del duque de Orleáns, se creó un consejo con los cuatro hermanos, y los presentó en casa del duque.

Éste tenía ya una alta idea de lo que valía su querida, que como ya queda dicho, era una mujer de gran talento. El consejo de los Paris cambió la estimación del duque por Mad. de Prie en verdadera admiración.

Antes de presentar proyecto alguno al príncipe se discutía con ella; se cuidaba expresamente de dejar alguna rectificación que hacer sobre este proyecto, que fuera muy superior á la capacidad del príncipe para que no la echase de ver. Entonces esta rectificación, indicada anticipadamente por los cuatro hermanos á Mad. de Prie, su protectora, le hacía sobresalir. Los Paris ponderaban el talento innato que hacia de madama de Prie una mujer política, exageraban la fortuna que tenía el duque en ser aconsejado por semejante Egeria; y el señor duque por su parte se daba el parabién de hallar en su querida una superioridad que ni aun había sospechado en ninguna mujer.

De esta manera había llegado Mad. de Prie á adquirir aquella enorme influencia que tenía sobre el duque.

Así es que los poetas satíricos no dejaron escapar la ocasión de lanzar pullas al duque, á Mad. de Prie y al consejo de los Paris. Se vendían por todo Paris unos versos en que se tachaba al duque de Borbón de debilidad é ignorancia, y en los que refiriéndose á su cualidad de tuerto, se decía que no podía verse y gobernarse un país como la Francia con sólo un ojo.

Se consultó con la marquesa, según dejamos dicho, el matrimonio del rey con la hermana del duque, y se había decidido que Mdlle. de Vermandois fuese reina de Francia.

Al decidirse Mad. de Prie por Mdlle. de Vermandois, llevaba la mira de que una reina hechura suya no pudiese negarle cosa alguna; pero á la primera entrevista que la marquesa tuvo con la princesa adquirió la certidumbre de que no tenía que pensar

en tener sobre la hermana la décima parte de la influencia que tenía sobre el hermano. Así es que al separarse de ella, lo hizo jurando allá en sus adentros, que Mdle. de Vermandois no sería reina de Francia.

La cosa no era difícil para Mad. de Prie, quien hizo al duque la observación, que ella misma no había hecho en un principio; y es que casando á su hermana con el rey, quedaba él absolutamente bajo la dependencia de su hermana y de su madre. El carácter absoluto de estas dos mujeres era por lo demás harto conocido del príncipe, y por lo tanto no tuvo que emplear mucho trabajo, á pesar del honor que debía resultarle, en hacer desistir al duque de esta ilustre alianza.

Momentáneamente dirigió el primer ministro sus miradas á la Rusia. Al primer rumor del retorno de la infanta, había escrito el príncipe Kourakin esta noticia á la czarina que acababa de suceder á su marido, muerto como mueren los czares. El 8 de febrero de 1725, ofreció la czarina á su hija Isabel para reemplazar á la infanta; pero el duque quiso hacer una obligación de su nombramiento al trono de Polonia por muerte del rey Augusto, y se levantó mano de esta negociación.

Entonces fué cuando Mad. de Prie puso los ojos en Maria Leczinska, hija de Estanislao Leczinski, rey de Polonia destronado y retirado en Wissemburgo, en la Alsacia.

Vamos á manifestar cómo se introdujo en la cabeza de la marquesa esta idea de casar á Luis XV con la hija de un rey proscripto.

Un año antes poco más ó menos de la época á que hemos llegado, se había casado el señor duque Luis

de Orleáns con la princesa de Baden: su representante en todas las negociaciones que precedieron á esta unión y que duraron mucho tiempo, era el conde de Argensón, hijo segundo de Mr. de Argensón, que había sido lugarteniente de policía y guarda-sellos.

El conde de Argensón había visto en Strásburgo al rey Estanislao y á su hija, y á su vuelta á Versalles había hecho el mayor elogio de la joven princesa, cuyo nombre había penetrado así en medio de los graves acontecimientos que ocupaban á la corte de Francia.

Entretanto llegó á Versalles el conde de Estrées, que era oficial en uno de los regimientos que se enviaron á Wissemburgo para hacer los honores al rey Estanislao. Siendo de alta nobleza, buena presencia y gran valor, había agradado á la joven princesa, que había hablado de él á su padre, y había dejado entrever que estaría dispuesta á recibir favorablemente sus rendimientos; el rey Estanislao se aprovechó entonces de la primera ocasión de hablar aparte al conde de Estrées, y le dijo que gracias á los grandes bienes que algún día debían recaer en él en Polonia, podía conservar la esperanza de casar á su hija con algún soberano, pero que apeteciendo antes que todo la dicha de aquella hija á quien adoraba, él consentiría en aquel enlace siempre que pudiese agregar á su nacimiento, ya ilustre, alguna dignidad notable como la de duque ó par, por ejemplo. Esta insinuación del padre de la que amaba casi sin atreverse á confesarse á sí mismo semejante amor, colmó de alegría al conde de Estrées. En aquel mismo día salió para Paris, se presentó al regente, le manifestó su posición, le indicó la dignidad que se ponía por condición de un enlace que haría toda su felicidad, y

suplicó al regente se dignase concedérsela; pero el regente, á quien no agradaban los Estréés, eludió la pretensión diciendo que el conde no estaba suficientemente elevado para casarse con la hija de un soberano, aunque éste no hubiese debido su corona más que á la elección, y que en aquel momento estaba destronado.

El joven coronel acababa de salir desesperado de la vista del regente, cuando entró el duque de Borbón: el regente que no sabía negar, estaba aun incomodado por la repulsa que acababa de hacer. Habló al duque de este matrimonio proponiéndoselo al mismo, puesto que Mdle. de Conti, su mujer, había muerto el 21 de marzo de 1720. El duque manifestó al regente que convendría esperar antes de dar paso alguno hasta ver el rumbo que tomaban los negocios del rey Estanislao; pero la verdadera causa de su negativa era el amor que profesaba á Mad. de Prie.

Ya hemos visto en qué términos Mad. de Prie había propuesto á Mdle. de Vermandois, y cómo después la desechó, bien decidida á hacer que se casase el rey, en cuanto de ella dependiese, con una princesa que, recibiendo de ella su fortuna, le estuviese enteramente reconocida.

La hija del rey Estanislao reunía estas circunstancias, y por lo tanto propuso á María Leczinska al duque, que la propuso al consejo, y la hizo aceptar por el rey.

En efecto, era difícil encontrar un rey en una posición más humilde que la del rey Estanislao. Huyendo con su mujer y su hija de la persecución del rey Augusto, había sido proscrito; un decreto de la dieta de Polonia había pregonado su cabeza; se había refugiado en Suecia, en Turquía y después en Dos Puentes. En fin, habiendo muerto Carlos XII, su último

apoyo, viéndose siempre amenazado, sin dinero, sin seguridad, sin esperanzas, hizo presente su desgraciada posición al duque de Orleans, regente, quien, compadecido, le permitió que se retirase á un lugar cerca de Landaw. En fin, habiendo sabido que aun bajo la protección de la Francia, no estaba seguro, y que le amenazaban con llevárselo, se retiró á Wissemburgo, á una vieja encomienda, cuyas murallas estaban medio arruinadas.

Empezaba Estanislao á gozar de algún reposo en este retiro, cuando Mr. Sum se presentó quejándose en nombre del rey Augusto de la hospitalidad que la Francia concedía al rey destronado.

— Señor embajador, contestó el regente, decid á vuestro amo que la Francia ha sido siempre el asilo de los reyes desgraciados.

Allí fué donde supo una mañana por una carta particular del duque, la inesperada fortuna que se le presentaba, con cuyo motivo se arrojó inmediatamente al cuarto de su mujer y de su hija diciendo:

— Prósternémonos y demos gracias á Dios.

— ¡ Oh, padre mio, exclamó la princesa Maria, os vuelve Dios vuestro trono de Polonia!

— No, hija mia, hace más que eso, pues que te hace reina de Francia.

Ambas partes tenían prisa en que se concluyese el matrimonio: ocho días después de haber recibido la carta, el rey de Polonia, su mujer y su hija estaban en Strasburgo, donde debía hacerse según la etiqueta la petición por los embajadores del rey, el duque de Antin y el marqués de Beauveau.

El duque de Antin era hombre de talento, y sin embargo cometió una grave falta en su arenga.

— Sire, dijo él, el duque pensó en un principio en

una de sus hermanas ; pero no habiendo buscado más que la virtud, ha puesto los ojos en la princesa vuestra hija.

Desgraciadamente para el pobre embajador, la señorita de Clermont, hermana del duque, nombrada superintendente de la casa de la reina, se hallaba presente y oyó el cumplimiento.

— ¡ Oh ! dijo ella bastante alto para que la oyesen ; de Antin nos hace poco favor á mis hermanas y á mi.

Quince días después llegaba María Leczinska á Fontainebleau, y el 4 de septiembre el cardenal de Rohán, dándole la bendición nupcial, la hacía reina de Francia.

El señor duque de Richelieu no pudo asistir al matrimonio, porque el 8 de julio había sido nombrado embajador en Viena.

A su tiempo hablamos del proceso de Leblanc, del caballero y del conde de Belle-Isle : en el sumario no se halló cosa alguna contra ellos, y plenamente justificados de todo cargo, salieron de las fortalezas de la Bastilla y de Vincennes en que se les había encerrado.

Muy pronto empezó á amenazarles una acusación grave.

El año de 1725 había sido malo, pues apenas se dejó ver el sol en los más bellos días de la primavera y del verano ; en cambio las tierras estaban como desleídas por las continuadas lluvias, de lo cual resultó que anegadas las mieses no pudieron los granos madurar.

Amenazadas de este modo las cosechas, se empezó á temer el hambre, lo cual produjo una subida en los trigos y harinas, y el pan subió hasta nueve sueldos la libra, cosa inaudita hasta entonces.

Se acusó descaradamente á Mad. de Prie y á sus consejeros, de haber monopolizado los granos.

Felizmente se padeció engaño acerca del resultado de las cosechas, abonanzó el tiempo, el sol reapareció, la cosecha fué abundante, y como el trigo demasiado impregnado de agua no estaba á propósito para guardarlo, bajó hasta lo último.

Con el hambre se formó la tempestad, y con los días serenos se disipó : el señor duque salió de este primer peligro que amanezó su fortuna.

Para dar un ejemplo mejor á Francia, debía el señor duque caer por sí mismo, y esta caída debía ser ocasionada por la insaciable codicia de Mad. de Prie.

No se había engañado ésta haciendo recaer la corona en la pobre María Leczinska : ella había hallado en la joven reina un corazón recto y agradecido, tan agradecido, que prescindiendo de la etiqueta, la reina recibía familiarmente á la marquesa, á pesar de que era hija de Mr. de Pleneuf y querida del señor duque.

Verdad es que para disminuir la falta de decoro, ó para que éste fuese mayor, se le había dado un cargo en la corte.

Contando con esta protección creyó Mad. de Prie que podía aventurar lo que se suele llamar un golpecito de estado.

Su odio á Mr. de Frejus traía de fecha todo el tiempo que el señor duque llevaba de administración. Esperando las contribuciones que bajo los diferentes pretextos que su activa imaginación debía proporcionarle, Mad. de Prie calculaba sacar de la Francia, había empezado por apoderarse de la pensión de cuarenta mil libras esterlinas que la Inglaterra daba á Dubois para que le fuese favorable : como se reclamaba esta subvención en nombre del señor duque,

como al fin y al cabo Mr. de Frejus tenía más ambición de poder que de dinero, el obispo los dejó hacer; pero no sucedió lo mismo cuando Mad. de Prie quiso poner la mano sobre la lista de los beneficios.

El obispo llamó aparte al duque, y con la mayor religiosidad y el mayor respeto, pero con mucha firmeza al mismo tiempo, le dió á entender que sometiéndose á sus luces en punto á los negocios temporales, no le permitía su conciencia abandonar los espirituales, añadiendo aun que la reserva que hacía era un alivio para el príncipe agobiado ya bajo el peso de tantos negocios; que siendo los negocios de la Iglesia muy numerosos y complicados, no era demasiado una persona que únicamente se ocupase de ellos.

Bien conocía el señor duque toda la importancia de la cesión que se le pedía; pero, no atreviéndose á descontentar á Mr. de Frejus, dejó en consecuencia que el preceptor del rey se apoderase completamente de este ramo de la administración.

Desde aquel momento los ministros juzgaron la posición; Mr. de Fleury era el colega invisible, pero real del señor duque de Borbón.

Así es, que antes de presentarse al rey, no dejaban de llevarle secretamente sus despachos, y él con el mismo secreto tomaba conocimiento, y los guiaba en la marcha que debían seguir, y que él se encargaba de hacer que el rey los aprobase.

Mr. de Fleury era realmente, como se está viendo, más que el primer ministro, puesto que creyendo el señor duque que lo dirigía todo, no hacía más que obedecer.

Mad. de Prie se puso hecha una furia al ver que la lista de los beneficios se le escapó de las manos, aunque muy desde luego comprendió que sola y aislada

como estaba, no le quedaba más remedio que tener paciencia y unir al poder del señor duque otro poder tan grande, si era posible.

Con esta intención se había manejado ella haciendo á Maria Leczinska reina de Francia.

Muy tenebroso era el corazón de esta mujer de veinticuatro á veinticinco años.

Llegada al fin que ella quería conseguir, apoyada en la amistad que le profesaba la reina, y en la indiferencia con que el rey miraba los negocios, creyó que si podía alejar á Mr. de Frejus de los que tenía á su cargo, adquiriría todo el poder que deseaba.

En efecto, á ejemplo del regente, iba el señor duque á trabajar diariamente con el rey, ó por mejor decir á trabajar á su vista. El obispo de Frejus no dejaba nunca de asistir á este trabajo, lo cual incomodaba, no al señor duque, pues él por sí con todo se avendría, sino á Mad. de Prie. Ésta inventó un medio de desembarazarse de este testigo importuno: el medio era el de persuadir al rey de mandar que el trabajo se hiciese en el cuarto de su mujer, como Luis XIV le hacía hacer en casa de Mad. de Maintenón; no teniendo el preceptor que dar lecciones al marido, sino solo al joven príncipe, es probable que no le seguiría á las habitaciones de la reina, y allí, ella, Mad. de Prie reemplazaría á Mr. de Frejus.

Una vez conformes ya con el proyecto, no se hizo esperar la ejecución: en la primera ocasión que el señor duque tuvo de ver al rey, le incitó á que fuese á trabajar en el cuarto de la reina, el rey aceptó, y Mr. de Borbón previno á S. M. que él se trasladaría directamente al nuevo local que se había destinado para trabajar.

Mr. de Frejus, que ignoraba todo este enredo, se

dirigió al gabinete del rey á la hora acostumbrada, y el rey estaba allí todavía; más al cabo de diez minutos salió y se fué al cuarto de la reina: no se inquietó el obispo por esta salida y esperó algún tiempo, mas viendo que no concurría el duque á la hora acostumbrada sospechó lo que pasaba, se informó y supo que el rey trabajaba en las habitaciones de su mujer con el señor duque. Inmediatamente se dirigió á su casa, escribió á su discípulo una carta llena de sentimiento, á la par que tierna y afectuosa, anunciándole que se retiraba de la corte, y que se iba á acabar sus días en un retiro.

Niert, primer ayuda de cámara, fué el encargado de entregar al rey esta carta.

Diez minutos después Mr. de Frejus iba camino de Issy, con dirección á la casa de los Sulpicianos, á donde iba algunas veces á descansar.

Cuando el rey dejó el trabajo, pasó á su cuarto bastante inquieto acerca del modo con que se pondría con Mr. de Frejus.

Pero en lugar del obispo se encontró con su carta.

La retirada había producido ya otra vez un buen efecto para Mr. de Frejus, y este resultado le había manifestado que el medio era bueno. No se afligió menos esta vez Luis XV que la primera; él lloró, y para ocultar sus lágrimas y su pena á todo el mundo, se metió en su guardarropa. Pero Niert, que tenía sin duda sus instrucciones, fué á dar cuenta de lo que pasaba al señor duque de Mortemar, primer gentil-hombre. Diez minutos después estaba este señor al lado del rey.

Este continuaba metido en su guardarropa sin dejar de llorar.

— En verdad, señor, dijo Mortemar, y ruego á V.

M. que me perdone, pero yo no comprendo que un rey llote; una intriga separa á Mr. de Frejus de vuestro lado, decid simplemente yo quiero volver á ver á Mr. de Frejus y enviadle á buscar.

— Pero ¿por qué conducto, quién se atreverá á encargarse de esta orden, y ponerse mal con el señor duque?

— ¿Quién se atreverá? yo, señor; poned dos líneas y ya lo veréis.

— ¡Pues bien! vé, Mortemar, dijo el rey, todo cuanto tú hagas lo daré por bien hecho, con tal de que Mr. de Frejus vuelva.

No dejó Mortemar que se lo dijera dos veces. Apoyado en los plenos poderes del príncipe se fué derecho al señor duque, y le participó la voluntad del rey, no como un deseo, sino como una orden. Trató el duque en un principio de oponerse, pero Mortemar conoció que si no conseguía vencer aquella resistencia, se veía perdido: exigió, pues, en nombre del rey, que el extraordinario que debía ir á buscar á Mr. de Frejus á Issy, partiese á su vista, y no se separó del señor duque hasta que vió que el correo se alejaba á galope.

Luego que Mortemar se despidió del señor duque, llamó éste á madama de Prie y reunió su consejo de los cuatro. El negocio era urgente. Uno de los hermanos Paris fué de parecer de apoderarse del obispo en el camino de Issy á Versalles y de llevárselo á alguna provincia distante, donde una orden de encierro le tendría desterrado. Cuando preguntase el rey por él, se le contestaría que el obispo iba á volver. Entonces se emplearían todas las seducciones de la reina, se emprenderían grandes batidas, se inventarían, si era posible, nuevas diversiones para distraer al rey. El

joven olvidaría al preceptor, y el ausente sería el culpable.

Atrevido era el proyecto, pero por la misma razón podría lograrse. El expreso hizo más diligencia de la que se esperaba, el obispo por su parte, en lugar de hacerse de rogar, partió inmediatamente; de manera que Mr. de Frejus estaba ya en el cuarto del rey, cuando estaban todavía tratando el mejor modo de impedirle que volviese.

Durante su retirada de medio día en Issy, Horacio Walpole, que desde el 25 de mayo de 1724 residía en París como embajador de la Gran Bretaña, era el único á quien Mr. de Frejus vió venir; además supo la marcha del obispo cuando salió á visitarle, llegando casi al mismo tiempo, y le aseguró de su amistad.

Mr. de Frejus no echó jamás en olvido esta visita.

Fácilmente se comprende que de vuelta á Versalles, la lucha era entre el señor duque y Mr. de Frejus; así es que en vano se esforzó aquél en manifestar á éste toda clase de consideraciones, imitándole Mad. de Prie, pues se decidió la despedida del primer ministro.

Entretanto, aunque sintiéndose amenazados el señor duque y madama de Prie, no creían tan inmediata su caída, pues que Mr. de Frejus seguía haciendo al señor duque los honores debidos á su alto puesto. En cuanto á Mad. de Prie, él no la veía ni más ni menos que antes, sin que apareciese que en manera alguna se ocupaba de ella, ni haber conservado el menor resentimiento por lo que había pasado.

El 11 de junio debía partir el rey para Rambouillet y se había nombrado al señor duque para que le siguiese: el rey marchó primero, recomendando al príncipe que no se hiciese esperar.

Bien se echa de ver que Luis XV no desempeñaba mal *su papelejo*.

Disponiase á machar el señor duque, cuando se presentó un capitán de guardias en su casa, y le intimó en nombre del rey que se retirase á Chantilly y permaneciese hasta que el rey tuviese á bien comunicarle otras órdenes en contrario.

En cuanto á Mad. de Prie, fué desterrada en virtud de una orden, á su hacienda de Courbe-Epine.

Creyó en un principio la pobre desgraciada que este accidente era instantáneo, que era una nube pasajera que momentáneamente le ocultaba los rayos del sol; hizo llamar á uno de sus amantes cuyo nombre no dice la historia, á fin de despedirse de él, ya que no podía hacerlo de Mr. de Borbón. Esta despedida fué de las más tiernas, según dijeron los vecinos, que estaban iniciados en este secreto íntimo por olvido de Mad. de Prie, quien por efecto del trastorno en que se hallaba su cabeza olvidó correr las cortinas de las ventanas de su alcoba.

Ella se puso en camino con semblante risueño y ofreciendo á sus amigos que pronto volvería, porque efectivamente ella misma no creía en lo prolongado de aquel destierro.

Peró su esperanza no se sostuvo cuando, no bien hubo llegado á su hacienda, supo que se le había exonerado de su empleo de dama del palacio, y que se le había dado á Mad. de Halaincourt: entonces conoció claramente que la habían echado de Versalles para siempre, y desapareció con la esperanza toda aquella filosofía que había manifestado.

Sin embargo, trató de luchar ayudada por la distracción contra el pesar que la devoraba; dió convites en Courbe-Epine, tuvo reuniones y festejos, se repre-

sentaron comedias, ella misma desempeñó algunos papeles, según dice el marqués de Argenson, y declamó trescientos versos de memoria con el mismo sentimiento y penetración que si se hubiera hallado colmada de satisfacciones.

Mas á pesar de todo, la tristeza se apoderó de ella tan tenaz, obstinada y violentamente que empezó á desmejorarse, sensiblemente, sin que los médicos pudiesen atribuir su mal á otras causas que á los nervios y vapores. Entonces conoció muy bien que todo se había acabado para ella, pues que el favor y la hermosura la abandonaban; resolvió en consecuencia envenenarse, y señaló con anticipación el día y hora, bien decidida á no cambiar nada de esta resolución.

Entonces anunció su muerte como una profecía, diciendo que tal día á tal hora habría dejado de vivir, pero como fácilmente se comprende, nadie quería dar crédito á las palabras de la que llamaban: la nueva Casandra.

Tenia entonces por amante á un joven de talento y corazón, de excelente figura, llamado Amfreville: á éste como á los demás habia anunciado Mad. de Prie su muerte profetizando, como ya hemos dicho, día y hora.

Dos días antes del momento indicado le regaló un diamante que valia cien luises poco más ó menos, pero al mismo tiempo le encargó que fuese á llevar á Ruán á una persona que le indicó, haciéndole prometer que no revelaría el nombre, más de ciento cincuenta mil escudos en diamantes.

Cuando volvió de esta comisión, ya Mad. de Prie no existía, pues había muerto en el día y hora que habia indicado.

La inspección del cuerpo no dejó la menor duda

sobre el género de muerte: se había envenenado, y los dolores de su agonía habían sido tan terribles que las puntas de sus pies se habían torcido hacia los talones.

Ha quedado de ella un lindo retrato pintado por Valor y grabado por Chereaud el joven: el pintor la ha representado con un canario en el dedo enseñándole á hablar.

En cuanto á Mr. de Prie, siempre aparentó ignorar las relaciones de su mujer con el señor duque, relaciones que nada le valieron. Cuando fué desterrada al mismo tiempo que el principe detenia á todos sus amigos para decirles:

— Mad. de Prie comprometida en la desgracia del señor duque, ¿entiende Vd. esto? ¿Qué diablos tiene que ver en esto, pregunto á Vd.? ¿Qué hay de común entre mi mujer y el señor duque?

Sin embargo, por colosal que fuese esta ignorancia, ó por impudente que fuese aquella gravedad, el pobre marqués se vió obligado un día á comprender á su pesar que le había sucedido alguna cosa extraordinaria en el paraje de su honor conyugal: hallándose en la cámara del rey apoyado en una mesa vuelto de espaldas, se acercó tanto á una bujía que se incendió su peluca; pero felizmente estaba enfrente de un espejo y fué uno de los primeros en apercibirse de aquella ocurrencia, por lo cual se quitó precipitadamente la peluca, y habiendo apagado el incendio con sus piés se la volvió á poner. Á pesar de lo poco que duró el fuego, se esparció por toda la cámara un hedor muy grande, y en este momento entró el rey.

— ¡ Puf, puf! dijo, ¡ qué mal huele aquí, qué detestable hedor! señores, huele á cuerno quemado.

Por grande que fuese la seriedad de los circunstantes, no fué posible contenerse al oír semejante apóstrofe, y soltaron todos una carcajada: el pobre marqués no pudo sustraerse de aquella desesperante hilaridad sino marchándose á todo correr.

CAPÍTULO III.

Fleury ministro de Estado. — Calma general en Europa. — Muertes. — El gran prior de Vandome. — Voltaire y Mr. de Rohán-Chabot. — El doctor Iser.

Al morir el cardenal Mazarino aconsejó á Luis XIV que no tuviese jamás primer ministro. Mr. de Fleury era sin duda de la misma opinión de Mazarino, porque aunque él lo fué después de la revolucioncilla que acabamos de contar, no se pudo más fácilmente hacerse nombrar en lugar del señor duque, se contentó con la entrada y el título de ministro de Estado.

Con la entrada ostensible de Mr. de Fleury en el poder, empezó para la Francia, y aun para la Europa, un período de paz menos parecido á la calma que á la atonía; los historiadores empezaron entonces á registrar una serie de hechos sin importancia, que parece que interrumpen la vida de la nación.

Ya es un temblor en tierra de Palermo, un incendio en el bosque de Fontainebleau, ya una aurora boreal en París, una peste en Constantinopla: después muertos.

La duquesa de Orleáns, princesa de Baden-Baden, muere de parto á la edad de veintiún años.

Sofía Dorotea, hija única de Jorge Guillermo, duque de Brunswick-Zelt, reina de la Gran Bretaña, muere en el palacio de Ahen.